

## TERCERA PARTE.

### CARTA I.

DE LA SEÑORA DE ORBE.

¡QUE de males causa V. á los que le quieren! que de llantos ha hecho ya verter en una desventurada familia, cuyo sosiego V. solo perturba! Tema que acompañe el dulce luto á nuestras lagrimas; tema que sea la muerte de una afligida madre el último fruto del veneno que vierte V. en el corazón de su hija, y que para V. propio se convierta un desordenado amor en manantial de eternos remordimientos. La amistad ha sido causa de que tolerara yo los errores de V., mientras que podía justificarlos una sombra de esperanza: pero como se ha de sufrir una constancia vana que condena el honor y la razón, y que no pudiendo ya ocasionar mas que penas y desdichas, solo el nombre de obstinación merece!

Ya sabe V. como sus cartas descubrieron á mi tía el secreto de un amor tanto tiempo á sus sospechas disfrazado. Aunque muy doloroso haya sido tan crudo golpe para esta tierna y virtuosa madre, mas que con V. consigo propia enojada, solo su ciega ignorancia acusa, lamenta su fatal ilusión; y su mas acerbo sentimiento es haber estimado tanto á su hija, y es su dolor un castigo cien veces mas duro para Julia que sus reprensiones.

No es imaginable la pesadumbre de esta pobre prima; y para comprenderlo es menester verlo. Parece ahogado en aflicción su corazón, y el exceso del sentimiento que la oprime le da un viso de estupidez cien veces mas tremenda que agudos gritos. De día y de noche está arrodillada á la cabecera de la cama de

su madre, mustio el semblante, clavados los ojos en el suelo, observando un profundo silencio, sirviendola con mas esmero y viveza que nunca, y luego al punto cayendo en un estado de anaodamiento tal, que se creeria que es otra persona diferente. Es cosa clara que la enfermedad de la madre, es la que las fuerzas de la hija sustenta, y si no animara su celo el ardor de servirla, sus amortiguados ojos, su maclento color, y su estremado descaecimiento me harian temer que necesitase para ella propia el cuidado con que á su madre asiste. Tambien mi tía lo conoce, y por la iniquidad con que la salud de su hija me encomienda veo cuanto por una y otra parte combate el corazón contra la sujeción que se imponen, y cuanto deben aborrecer á V. porque perturba union tan tierna.

Mas crece esta sujeción con el estudio de esconderla á los ojos de un padre violento, á quien una madre que tiembla de esponer la vida de su hija quiere ocultar tan peligroso secreto. Ambas se imponen la ley de conservar en su presencia la antigua familiaridad; pero si se aprovecha con gusto la ternura maternal de este pretexto, confusa la hija no se atreve á abandonar su corazón á cariños que crec fingidos, y que para ella eso mas son cruces que le serian gratos si se atreviera á darles credito. Cuando recibe los de su padre mira á su madre con tan tierno y humilde semblante, que parece que con los ojos le dice el corazón: ¡Ah; si á recibirlas de V. fuera acreedora!

La señora de Etange me ha hablado varias veces á solas, y facilmente por lo suave de sus reprensiones, y por el

tono con que de V. me ha hablado, he conocido que se ha esforzado Julia sobre manera á calmar su justo enojo contra nosotros, y que nada ha omitido para justificarnos á ambos á su costa. En sus mismas cartas de V. con el caracter de un excesivo amor en ellas estampado, hay una especie de disculpa que ha sabido apreciar, y achaca menos á V. el abuso de su confianza, que á sí propia su sencillez en darsela. Estima á V. lo bastante para creer que ningun otro en su lugar habria hecho mas resistencia, y acusa de sus yerros la virtud misma. Ahora conoce, dice, que cosa es una probidad ponderada, que no impide á un hombre de bien enamorado que, si puede, corrompa á una doncella virtuosa, y deshonre sin escrupulo á una familia entera por saciar un instante de furor. Pero de que sirve hablar de lo pasado?

Tratase de cubrir de un eterno velo este odioso misterio, de borrar, si es posible, hasta su mas leve vestigio, y de aprovecharse de la bondad del cielo que no ha dejado de él testimonio sensible. El secreto no sale de seis personas seguras. El sosiego de la que V. quiso, la vida de una madre desesperada el honor de una familia respetable, la propia virtud de V. todo pende de V. aun, todo lo prescribe su obligación; puede resarcir el mal que ha hecho, puede ser V. digno de Julia y justificar su yerro renunciando á ella; y si no me ha engañado su corazón, solo lo excesivo del sacrificio puede responder del amor que le exige. Fiada en la estimación que siempre me han debido sus sentimientos, y en la fuerza que de la mas tierna union que en el mundo ha habido deben sacar, he prometido en nombre de V. cuanto ha de cumplir; atrevase V. á desmentirme si le he apreciado en mas de lo que vale, ó sea hoy lo que debe ser. Es preciso que sacrifique V. su dama ó su amor uno á otro, y que se muestre el mas cobarde ó el mas virtuoso de los hombres.

Ha querido escribir á V. esta malhadada madre, y aun habia empezado. ¡O Dios; que de puñaladas hubieran dado á V. sus amargas quejas! como hubieran

despedazado su corazón sus afectuosas reprensiones! como le hubieran penetrado de vergüenza sus humildes ruegos! He rasgado esa tremenda carta que nunca hubiera V. sufrido; no he podido consentir en el cumulo de horror de ver á una madre postrada ante el seductor de su hija; V. á lo menos es digno de que no se recurra á semejantes medios, buenos para ablandar á monstruos, y para matar de dolor á un hombre sensible.

Si fuera este el primer esfuerzo que de V. hubiera solicitado el amor, podria yo dudar del éxito, y vacilar acerca de la estimación que se merece, pero el sacrificio que al honor de Julia V. hizo dejando este país me fia el que á su sosiego va á hacer rompiendo una inutil correspondencia. Siempre son mas penosos los primeros actos de virtud, y no perderá V. lo que vale esfuerzo que tanto le costó, empeñandose en seguir una vana correspondencia, cuyos riesgos son terribles para su amante, el fruto nulo para ambos, y que no hace mas que prolongar en balde los tormentos de uno y otro. No lo dude V.; esta Julia que tanto amó nada debe ser para quien ella tanto quiso, vano es que V. se disimule su desdicha; la perdió en el instante que de ella se apartó, ó mas bien el cielo antes que á V. se diera se la habia ya quitado; porque la prometió su padre así que volvió, y bien sabe V. que es irrevocable la palabra de este inflexible hombre. De cualquier modo que V. haga, la invencible suerte se opone á sus deseos, y nunca la poseerá. La unica opción que á V. le queda es despeararla en una sima de oprobios y desdichas, á honrar en ella lo que ha adorado, y restituirle en vez de la dicha perdida la virtud, la paz, y á lo menos librarla de los riesgos en que su fatal amistad le pone.

¡Cuanto se entristecerá V., en que desconuelo se consumiría, si pudiese contemplar la actual situación de esta desventurada amiga, y el envilecimiento á que el remordimiento y la vergüenza la tienen reducida! que marchito está su color! que desmayadas sus gracias! co-

mo sus pensamientos tan amables y tan dulces en el unico que todos los absorbe tristemente se han confundido! Hasta la amistad se ha entibiado en ella; apenas participa del gusto que yo en verla tengo, y su doliente corazon nada mas sentir sabe que el amor y la pena. Ay! ¿que es de aquel caracter de amor y sensibilidad, de aquel tan acendrado gusto de las cosas virtuosas, de aquel interes tan tierno en los bienes y males ajenos? Confieso que todavia es blanda, generosa y compasiva. La amable costumbre de obrar bien no se puede borrar en ella, pero ya es solo una costumbre ciega, un gusto sin reflexion. Las mismas cosas hace, pero no las hace con el mismo celo; se han debilitado aquellos sublimes afectos, se ha amortiguado aquella divina llama, y este angel es ya una muger comun. ¡Ah; que alma ha robado V. à la virtud!

## CARTA II.

DEL AMANTE DE JULIA A LA SEÑORA DE ETANGE.

PENETRADO de un sentimiento que durará tanto como yo, me postro à las plantas de V., señora, no para protestar un arrepentimiento que no pende de mi corazon, sino para espiar una culpa involuntaria renunciando à todo cuanto podia hacer la gloria de mi vida. Como nunca humano afecto fué parecido al que me inspiró la adorable hija de V., tampoco hubo nunca sacrificio igual al que voy à hacer à la mas respetable de las madres; pero he aprendido sobrado bien de Julia à sacrificar la dicha à la obligacion, y su valor me ha dado sobrados ejemplos para que à lo menos una vez no sepa imitarla. Si bastase mi sangre para sanar las penas de V., la vertería en silencio, y me dolería de dar tan corta prueba de mi celo; pero romper el mas dulce, mas puro y mas sagrado vinculo que dos corazones haya estrechado, ah! esfuerzo es este que no me hubiera hecho hacer el universo entero, y que solo à V. era dado alcanzar.

Si: prometo vivir lejos de ella todo el

tiempo que V. exija; me abstendré de verla y escribirle; así lo juro por la preciosa vida de V. tan necesaria para la conservacion de la suya. Me sujeto, no al susto, pero sin quejarme, à cuanto de ella y de mí se digne V. mandar. Mucho más diré todavia; su dicha me puede consolar de mi miseria, y moriré contento, si le da V. un esposo que la merezca. Ah! hállese este, y sea osado à decirme: mejor que tú sabré amarla. Señora, en lo de tendrá cuanto à mí me falta; si no tiene mi corazon nada tendrá para ella, pero solo este corazon honrado y tierno tengo yo. Ay! no tengo nada más. El amor, que todo lo acerca, da, sí, elevacion à los afectos, mas no à la persona. Ah! si yo me hubiera atrevido à escuchar los míos respecto de V., cuantas veces hubiera mi boca, cuando con V. hablaba, pronunciando el dulce nombre de madre!

Dígnese V. de farse de juramentos que no serán falsos, y de un hombre que no es un alevé. Si pude un día abasar de la estimacion de V. yo proprio fui el primer engañado. Mi corazon falto de esperiencia no conoció el peligro hasta que ya no era tiempo de huir, y aun no habia aprendido de su hija de V. el arte cruel de vencer el amor con el amor mismo, que despues tan bien me ha enseñado. Pierda V. por su vida todo recelo. ¿Hay alguien en el mundo que mas que yo su sosiego, su felicidad, y su honor aprecie? No: fiadores son mi palabra y mi corazon del empeño que en mi nombre y el de mi ilustre amigo contraigo. Está V. cierta de que no se cometerá imprudencia ninguna, y de que esahalaré el ultimo suspiro sin que se sepa el quebranto que dió fin à mi vida. Seré V. el que la consume y que hace mal acervo el mio, enjogue llantos que me arrancan el alma, restablezca su salud, restituya à la hija mas tierna que ha bebido la dicha à que por V. renunció: sea V. feliz por amor de ella; en fin, viva para que esta hija ame la vida. Ah! no obstante los yerros del amor, ser madre de Julia todavia es harto venturosa suerte para darse el parabien de vivir.

## CARTA III.

DEL AMANTE DE JULIA A LA SEÑORA DE ORBE, INCLUYENDOLE LA ANTERIOR.

TENGA V., cruel, ahí está mi respuesta. Deshágase V. en lagrimas al leerla, si conoce mi corazon; y si todavia es sensible el suyo, pero sobre todo no venga mas à cargar mis hombros con el peso de esa desapiadada estimacion que tan cara me vende, y que ha hecho V. el potro de tormento de mi vida.

Con que la inhumana mano de V. se ha atrevido à romper aquellos vinculos formados à presencia suya casi desde la niñez, y que parecia que con tanto gusto participaba de ellos su amistad! con que soy tan desventurado como puedo serlo y V. queria! Ah! ¿sabe V. todo el mal que hace? siente V. que me arranca el alma, que no tiene precio lo que me quita, y que cien veces mas vale morir que dejar de vivir uno para otro? Que me dice V. de la felicidad de Julia? puede haberla sin contento en el corazon? Que me habla V. del riesgo de su madre? Ah! ¿qué es la vida de una madre, la mia, la de V., la suya propia, que es la existencia del mundo entero comparada con el delicioso afecto que nos unia? Loca y feroz virtud: sin merito obedezco tus leyes, y te execro haciendolo todo por tí. ¿Que son tus vanos consuelos contra los vehementes dolores del animo? Anda, idolo triste de los desgraciados, que no haces mas que aumentar su miseria, privandolos de los recursos que les deja la fortuna. Obedeceré no obstante; si, cruda, obedeceré, y si es posible me tornaré, como V., insensible y fiero. Me olvidaré de cuanto en el mundo quise: no quiero oír pronunciar mas el nombre de Julia, ni el de V.; no quiero recordarme su insufrible memoria. El despecho y una inflexible rabia contra tantos reveses me ensañan; sustituiré al valor una obstinada terquedad, que me

ha costado muy caro ser sensible, y vale mas renunciar à la humanidad.

## CARTA IV.

DE LA SEÑORA DE ORBE AL AMANTE DE JULIA.

ME ha escrito V. una carta cruel, pero campea tanta virtud y tanto amor en su conducta, que borra esta lo amargo de sus quejas, y es V. sobrado generoso para que quede valor de reírle. Sea cual fuere el rebato que se manifeste, quien así sabe sacrificarse à lo que ama mas elogios que reprensiones merece, y no obstante sus denuestos, nunca he querido à V. tanto como desde que sé todo lo que vale.

De V. gracias à esa virtud que se figura que aborrece, y que mas en favor suyo hace que su propio amor. Hasta à mi misma tia la ha seducido V. con un sacrificio cuyo valor todo aprecia. No ha podido leer su carta de V. sin estremercse, y aun ha tenido la flaqueza de enseñarsela à su hija, y al esfuerzo que la pobre Julia ha hecho para contener leyéndola sus sollozos y sus lágrimas le ha causado un fuerte desmayo.

Esta tierna madre, à quien ya las cartas de V. habian enternecido sobre manera, empieza à conocer por todo cuanto ve cuan fuera de la comun regla estan ambos vuestros corazones, y que el amor de los dos está estampado con cierto caracter natural de simpatia que no podrán borrar ni el tiempo ni los esfuerzos humanos. Ella que tanto necesita consuelo, consolaria con gusto à su hija, si no la contuviera el bien parecer, y la veo tan à pique de ser su confidenta, que sin dificultad me perdona que yo lo haya sido. Ayer se propasó hasta decir delante de ella, no acaso sin imprudencia (1): Ah! si dependiera de mí sola!... Aunque se detuvo y no acabó: por el beso tan encendido que imprimió Julia en su mano, vi que la habia entendido mas de lo que convenia. Tambien sé que repetidas veces ha querido hablar à su inflexible esposo; pero

(1) ¿Es aquí Clara menos imprudente? y es la última vez que lo será?

ora sea por el riesgo de esponer à su hija à la furia de un padre enojado, ora temor de las resultas para ella propia, su apocamiento la ha retenido hasta aqui, y se aumenta de modo tan sensible su debilidad y sus achaques, que me temo verla incapaz de poner en ejecucion su resolucion antes de tenerla bien formada.

Sea como fuere, no obstante los yerros à que ha dado V. origen, la honradez de corazon que en el amor de Vds. dos se descubre le ha dado tan buena opinion de uno y otro que se fia de la palabra de ambos sobre la interrupcion de correspondencia, y que no ha tomado precaucion ninguna para celar con mas esmero la conducta de su hija. Y efectivamente si no correspondiera Julia à su confianza seria indigna del cuidado de su madre, y deberian Vds. ser ahogados uno y otro, si fueran capaces de engañar aun à la mejor de las madres, y abusar de la estimacion en que los tiene.

No procuro hacer revivir en el corazon de V. una esperanza que yo propia no tengo; pero quiero hacerle ver como es cierto que siempre la mas honrada determinacion es la mas prudente, y que si puede quedar algun recurso para el amor de V., consiste este en el sacrificio que le imponen el honor y la razon. Madre, parientes, amigos; todo está ahora por V., menos un padre que, ó se venerará por este camino, ó no puede con nada vencerse. Cualquiera imprecacion que sea la que haya podido dictar à V. un instante de desesperacion, cien veces nos ha probado que no hay senda mas segura para alcanzar la felicidad que la de la virtud. Si se logra aquella es mas pura, mas sólida y mas suave con esta; si se malogra la primera, la segunda puede sola resarcir su pérdida. Aliente V. pues, sea hombre, y sea otra vez el mismo. Si tengo bien conocido el corazon de V., el modo mas crudo de perder à Julia seria hacerse indigno de ella.

## CARTA V.

DE JULIA A SU AMANTE.

YA no vive. Mis ojos han visto cesarse para siempre los suyos; mi boca ha recibido su postrer aliento; la última palabra que pronunció fué mi nombre; y su postrimera mirada la dirigió à mí. No, no parecia que abandonaba la vida que tan mal supe yo hacersela amable; de mí sola parecia que la arrancaban. Me veía sin guía y sin esperanza, abandonada con mis desdichas y mis culpas; nada era para ella morir, y solo de abandonar à su hija en este estado gemia su corazon. Sobrada razon tenia. ¿Que le quedaba que echar de menos en la tierra? que objeto terrenal podia valer à sus ojos el precio nunca perecedero de su paciencia y sus virtudes? que otra cosa le quedaba que hacer en el mundo que llorar mi oprobio? Alma casta y pura, digna esposa y madre incomparable; ahora vives en la mansion de la gloria y la felicidad, la paz, la inocencia, solo tu pérdida siento; solo mi vergüenza veo, pena y quebranto solo es mi vida. Madre, tierna madre, ¡ay! mas muerta que tú estoy yo.

¡Dios mio! ¿que desvario à una desventurada estravia, y hace que se olvide de sus resoluciones? donde vengo à verter mis lágrimas y exhalar mis suspiros? ¡Al crudo que los causa le hago depositario de ellos! con el que origina las desdichas de mi vida me atrevo à llorarlas! Sí, sí, despiadado; partícipe V. de los tormentos que padece me hace, V. por quien yo escondí el puñal en el materno seno, gima de los males que de V. me vienen, y sienta conmigo el horror de un parricidio que fué obra suya. ¿A cuyos ojos me atreveria yo à dejarme ver tan despreciable como soy? en presencia de quien me envileceria al tenor de mis remordimientos? quien otro que el complice de mi delito conoce toda su gravedad? El mas insufrible suplicio para mí es que solo mi corazon me acusa, y que veo que se atribuyen à mi buena indole las impuras lágrimas que me saca el roedor arrepentimiento. Yo ví, estremecida, ví el duelo que envenc-

naba y aceleraba los postreros instantes de mi triste madre. En balde atribuía con afectacion los progresos de su dolencia à la causa que la habia producido; en balde cohechada mi prima lo repetía; nada ha podido engañar mi corazon despedazado con el sentimiento, y para eterno tormento mio conservaré hasta el sepulcro la horrorosa idea de haber acordado la vida de aquella à quien se la debí.

V. que suscitó airado el Cielo para que fuera yo infeliz y culpada, reciba por la vez postrera en su seno lágrimas de que es autor. No vengo como otras veces à darle parte de penas que debian ser reciprocas; los suspiros del último vale son los que contra mi voluntad se exhalan. Esto se acabó; muerto es el imperio del amor en una alma solo à la desesperacion abandonada. Lo restante de mis dias lo consagro à llorar à la mejor de las madres; le sabré sacrificar afectos que le han costado la vida, y me tendré por feliz con que me cueste el venerlos lo bastante para expiar cuanto la hicierón padecer. Ah! si penetra su espíritu inmortal en lo interior de mi corazon, bien sabe que no es enteramente indigna de ella la victima que le sacrífico. Partícipe V. de un esfuerzo que ha hecho necesario, y si algun respeto à la memoria de un vinculo tan fatal y tan dulce le queda, por él le ruego que para siempre huya de mí, que no me escriba, que no haga mas acerbos mis remordimientos, y deje que me olvide, si ser puede, de lo que fuimos uno para otro. No le vean mas à V. mis ojos, no oiga pronunciar mas su nombre, y no venga su memoria mas à agitar mi corazon. Todavía me atrevo à invocar un amor que debe cesar de existir; no añada V. à tantos motivos de duelo el de ver su último ruego despreciado. A Dios por la vez postrera, ¡unico y amado...! Ah, loca!... A Dios para siempre.

## CARTA VI.

DEL AMANTE DE JULIA A LA SEÑORA DE ORBE.

Ex fin se ha rasgado el velo, y esta lar-

ga ilusion se ha desvanecido, se ha esfinguido esta tan dulce esperanza, por alimento de una llama eterna solo me queda una amarga y deliciosa memoria, que sustenta mi vida, y alimenta mis tormentos con la vana conciencia de una dicha que ha cesado de existir.

¿Con que es cierto que he gozado la suprema felicidad? soy yo el mismo que fui feliz un dia? quien puede sentir lo que yo padezco no nació para padecer siempre? quien puede perder los bienes que he perdido, puede perderlos y vivir? y pueden nacer tan contrarios afectos en un mismo corazon? Dias de contento y gloria, no, no erais de un mortal, erais tan deliciosos que no debiais ser perecederos. Un suave éxtasis absorbía toda vuestra duracion, y la juntaba en un punto solo como la de la eternidad. Para mí no habia tiempo pasado ni venidero, y en uno disfrutaba las delicias de mil siglos. Ay! como un relámpago habeis desaparecido. ¡Esta eternidad de dicha fué un solo instante de mi vida! Ha recuperado el tiempo su lentitud en los instantes de mi desesperacion, y mide el tedio con largos años el malhadado resto de mis dias.

Para acabar de hacermelos inaguantables, cuanto mas me abruman las aflicciones parece que mas se desprende de mí todo cuanto amaba. V., señora, puede ser que aun me quiera, pero la llaman otros cuidados y la ocupan otras obligaciones. Mis quejas que escuchaba con piedad, ahora son impertinentes. Julia, Julia misma se desalienta y me desamparra. Han espelido al amor los tristes remordimientos. Todo ha mudado para mí; solo mi corazon es siempre el mismo, y eso mas horrorosa es mi suerte.

¿Pero que importa lo que soy y lo que he de ser? Julia padece, ¿es tiempo de pensar en mí? Ah! sus penas son las que hacen mas amargas las mías. Si: mas quisiera que dejara de amarme y fuera feliz... Dejar de amarme!... lo espera?... Nunca, nunca. En balde me veda que la vea, y le escriba: no se quita, ay! el tormento, que se priva de su consolador. ¿Debe privarla la pérdida de una tierna madre de un amigo mas tierno?

y cree que livia sus males multiplicandolos? O amor! pide vengarse á costa tuya la naturaleza?

No, no; en vano pretende olvidarme. Podrá separarse su tierno corazón del mio? no le retengo yo á despecho suyo? se olvidan afectos como los que hemos sentido? es posible acordarse de ellos sin sentirlos de nuevo? El amor vencedor ha hecho la desventura de su vida; el amor vencido la hará mas digna de compasion. En duelo consumirá sus años, atormentada en uno de vanos sentimientos y vanos deseos, sin poder satisfacer nunca ni el amor ni la virtud.

No crea V. no obstante que lamentándome de sus errores me niegue á respetarlos. Muy tarde es despues de tantos sacrificios para aprender á desobedecer. Basta con que ella lo mande; no volverá á oír hablar de mí. Juzgue V. si es horrorosa mi suerte. No es mi mayor desesperacion renunciar á ella. Ah! en su corazón es donde están mis mas vehementes dolores, y mas desventurado soy con su infortunio que con el mio. V. á quien ama mas que á todas las cosas, y que despues de mí es la única que sabe dignamente amarla; Clara, amable Clara, V. es el unico bien que le queda, bien harto precioso para hacerle llevar la pérdida de todos los demas. Supla V. por los consuelos que le han faltado y los que ella se quita, sustituya la santa amistad con ella la terneza de una madre, la de un amante, la dulzura de todos los afectos que hacerla feliz debian, y serlo, si es posible, á cualquier costa que ser pueda. Cobre la paz y el sosiego de que la he privado, y menos sentiré los tormentos que me deja. Una vez que ya nada soy á mis propios ojos, una vez que es mi destino pasar mi vida muriendo por ella repuntame como si no fuera, que vengo en ello, si la tranquiliza esta idea. ¡Ojalá que recupere cerca de V. sus primeras virtudes, y su dicha primera! ojalá que con el esmero de V. sea todavía todo cuanto sin mí hubiera sido!

Ay! que era hija y no tiene madre! Esta es la pérdida que no se resarce, y de que nunca se consuela quiea puede

achacarsela. Su agitada conciencia reclama de ella esta tierna y querida madre, y en dolor tan crudo se junta con su afliccion el horrible remordimiento. O Julia! ¿debias tú conocer este horroroso afecto? V. que la enfermedad y los postreros instantes de esta desventurada madre ha presenciado, suplico, ruego que me diga que he de creer. Despedace V. mi corazón si soy culpado. Si la precipitó al sepulcro el pesar de nuestros yerros, somos dos monstruos indignos de alentar; es delito pensar en tan funestos lazos, y delito ver la luz. No; me atrevo á creer que no ha producido tan negros efectos un fuego tan aerisolado. Nos inspiró el amor afectos en demasia hidalgos para que de ellos resultaran las atrocidades de los mas desapiadados pechos. ¿Los cielos, los altos cielos han de ser injustos? y la que supo sacrificar á los que le dieron la vida su propia felicidad ha de haber merecido causarles la muerte?

## CARTA VII.

## RESPUESTA.

¿Como fuera posible querer á V. menos, estimándole cada día mas? como he de perder mis antiguos afectos cuando cada día los merece V. nuevos? No, mi amado y digno amigo; todo cuanto desde nuestra edad primera fuimos unos para con otros lo seremos lo que de vida nos queda; y si no erece mas nuestra reciproca amistad es porque no cabe aumento en ella. Toda la diferencia consiste en que le queria yo á V. como hermano y ahora le quiero como hijo, porque aunque seamos ambas mas mozas que V. y discipulas suyas, yo le tengo á V. por serlo nuestro. Enseñándonos á pensar aprendió V. de nosotras á ser sensible, y diga lo que quiera su filosofo ingles, esta educacion vale tanto como la otra; si la razon hace al hombre, sus sentimientos son los que le conducen.

¿Sabe V. porque parece que he mudado con V. de conducta? No porque no sea siempre mi corazón el mismo, crealo, sino porque ha variado la situacion de V. Favorecí sus amores, mien-

tras quedaba una vislumbre de esperanza, desde que con empeñarse en aspirar á Julia no puede V. conseguir mas que hacerla infeliz, seria perjudicarle el complacerle. Mas quiero saber que es V. menos digno de lastima, y tenerle mas descontento. ¿No es todo cuanto puede hacer un amor sin esperanza cifrar su felicidad en la de lo que bien quiere, cuando se ha hecho imposible la de ambos?

Mas que sentirlo esto hace V. mi generoso amigo, pues lo ejecuta con el mas doloroso sacrificio que hizo nunca amante fiel. Renunciando á Julia, compra V. á costa de su sosiego el de ella, y renuncia por ella á sí propio.

Apenas, si, me atrevo á decir á V. las extravagantes ideas que por la cabeza me pasan acerca de esta materia, pero son de consuelo, y esto me alienta. Lo primero creo que el verdadero amor, así como la virtud, tiene la prerogativa de indemnizar de cuantos sacrificios á él se hacen, y de que en algun modo disfrute uno de las privaciones á que se sujeta por la misma conciencia de lo que han costado, y del motivo que nos ha hecho consentir en ellas. V. se dará testimonio de que amó á Julia como ella merecia, y eso mas la amará y será mas feliz. Con el atractivo del amor unirá el suyo aquel esquisito amor propio que remunerar todas las penosas virtudes sabe. Dirá V. en su corazón: *sé amar*, con mas duradera y delicada complacencia que la que tendria en decir: *poseo lo que amo*. Esta se consume á fuerza de gozar de ella; la otra dura siempre, y la gozaria V. aun cuando cesara de amar.

Ademas de que si es cierto, como tantas veces Julia y V. me lo han dicho, que sea el amor el mas delicioso afecto que en el corazón humano puede tener cabida, todo cuanto, aun á costa de mil tormentos le prolonga y le fija todavía es un bien. Si es el amor un deseo que con los estorbos se irrita, como tambien me decía V., no conviene que esté satisfecho; mas vale que dure y sea desgraciado que no que en el seno de los deleites se estinga. Confieso que los

amores de Vds. han resistido el crisol de la posesion, al del tiempo, al de la ausencia y á todo genero de penas, que todos los estorbos han vencido, menos el mas invencible de todos que es no tener nada que vencer, y alimentarse de su naturaleza propia. Nunca ha visto el universo pasion que á esta prueba resistiera: ¿que derecho tenían Vds. de esperar que la suya la hubiera contrarrestado? Con el disgusto de una dilatada posesion hubiera el tiempo reunido el progreso de la edad y la decadencia de la belleza; mientras que parece que con su separacion se fija, siempre estarán uno para otro en la flor de sus años; se verán sin cesar como cuando se dejaron se veian, y unidos entrambos sus corazones hasta el sepulcro en tierna ilusion, con su mocedad eternizarán sus amores.

Si no hubiera V. sido feliz pudiera atormentarle una insuperable inquietud, suspirando su corazón anhelaria por los bienes á que era acreedor; su ardiente imaginacion le pediria sin cesar lo que no habia alcanzado; pero no tiene el amor delicias de que no le haya colmado, y hablando en el estilo de V., ha apurado en un año los placeres de la vida entera. Acuerdese V. de aquella tan apasionada carta escrita en el siguiente día de una temeraria cita; yo la lei con una emocion de que no tenia idea; no se descubre en ella el estado permanente de una alma enterneada, si el postrer delirio de un corazón abrasado de amor y ebrio de deleite; V. mismo juzgó que semejante embriaguez no se gozaba dos veces en la vida, y que despues de haberla disfrutado era necesario morir. Amigo mio, allí fué el apice, y cualquiera cosa que en favor de V. la fortuna y el amor hubieran hecho, no podian menos de ir en decadencia su amor y su felicidad. Tambien fué este instante el principio de sus desgracias, y se vió V. privado de su amada en el instante mismo que ya no le quedaban nuevos afectos que sentir cerca de ella, como si hubiera querido el destino preservar el corazón de V. de una desecacion inevitable, y dejarle en la memoria de sus

pasados deleites un deleite mas suave que todos cuantos disfrutar podia.

Asi, consuelese V. de haber perdido un bien que siempre se habia desvanecido, y se hubiera llevado consigo el que le queda. De consuno se hubieran disipado la felicidad y el amor: á lo menos ha conservado V. este ultimo, y quien ama no está todavía privado de contentos. Mas asusta á un corazon tierno la imagen del amor estinguído que la del amor desgraciado, y es el hastio de lo que se posee un estado peor cien veces que el sentimiento de lo que se ha perdido.

Si tuviese fundamento lo que se achaca mi desconsolada prima acerca de la muerte de su madre, confieso que envenenaria esta acerba memoria la de los amores de V. y que deberia apagarlos para siempre tan fatal idea; pero no crea V. en su dolor que la engaña; ó por mejor decir el imaginario motivo con que en agravarle se complace solo es un pretexto para justificar su esceso. Teme siempre esta alma tierna no afligirse lo bastante, y es para ella una especie de satisfaccion juntar con el sentimiento de sus penas cuanto hacerlas puede mas acerbas. Está V. cierto de que se miente á sí propia y de que no es sincera consigo. ¿Ah, si de veras creyera que ha acertado los dias de su madre, podria su corazon aguantar tan horroroso remordimiento? No, no, amigo mio, no la llorara, que la hubiera seguido. Bien notoria era la dolencia de la señora de Etange, que era una hidropesia de pecho incurable, y estaba desahuciada ya antes de haber descubierto la correspondencia. Esta le causó un vehemente pesar, pero, ¡cuantas satisfacciones resarcieron el mal que ocasionarle pudo! ¡cuanto fué el consuelo de esta tierna madre al mismo tiempo que gemia del yerro de su hija. Ver con cuantas virtudes le redimia, y hallarse precisada á admirarse de su alma, llorando su flaqueza! cuán grato le fué tocar cuanto la queria! que infatigable celo! que incesante cuidado! que asistencia sin interrupcion! que desesperacion por haberla afligido! que de-

sentimientos! que de lagrimas! que de tiernos cariños! que nunca exhausta sensibilidad! En los ojos de la hija se leian lo que padecia la madre; ella era quien la servia de día, quien la velaba de noche; ella quien por su mauo todo se lo subministraba. Hubiera V. creído que veia otra Julia; habiase desaparecido su natural delicadeza, estaba fuerte y robusta; nada le costaba el cuidado mas penoso, y parecia que le daba su alma un cuerpo nuevo. Todo lo hacia y no parecia que hacia nada; en todas partes se hallaba, y no se meneaba del lado de su madre; la veíamos sin cesar de rodillas junto á la cama, pegada la boca en su mano, gimiendo ó de su yerro ó del mal de su madre, y confundiendo ambos sentimientos para mas afligirse. No he visto á nadie que los últimos dias entrara en el cuarto de mi tia, sin que se le bañaran en lagrimas los ojos al contemplar el mas tierno de todos los espectáculos. Veíase el esfuerzo que hacian estos dos corazones para reunirse mas estrechamente en el instante de una funesta separacion, veíase que solo el sentimiento de dejarse ocupaba á madre y á hija, y nada hubiera sido para ambas la vida ó la muerte si hubieran podido quedarse ó partirse juntas.

Bien lejos de dar credito á las negras ideas de Julia, está V. cierto de que cuanto puede de los socorros humanos y los consuelos del corazon esperarse contribuyó por su parte á retardar los progresos de la enfermedad de su madre, y de que infaliblemente su ternera y sus atenciones nos la han conservado mas tiempo que el que sin ella hubiera sido posible. Cien veces me ha dicho mi tia misma que sus postreros dias eran los mas serenos instantes de su vida, y que la única cosa que para su felicidad hacia falta era la de su hija.

Si se ha de atribuir su pérdida á pesadumbres, provienen estas de mas atras, y su marido es quien tiene la culpa. Mucho tiempo inconstante y mudable, consagró el fuego de su mocedad á mil objetos menos dignos de agradar que su virtuosa compañera, y cuando le hubo calmado la edad conservó con ella aque-

lla inflexible aspereza, con que acostumbraban agravar sus agravios los maridos infelices. Mi pobre prima lo ha pagado. La manía de nobleza con que está encaprichado, y el teson de su genio han causado la desdicha de V. y la suya. Su madre, que siempre le tuvo á V. inclinacion, y que conoció su amor, cuando era ya muy tarde para poner remedio, vivió mucho tiempo con el secreto pesar de no poder vencer el gusto de su hija ni la terquedad de su esposo, y de ser la causa eficiente de un mal que no podia sanar. Cuando las cartas de V. que cogió la informaron hasta que punto habia V. abusado de su confianza, temió perderlo todo si todo lo queria salvar, y aventurar la vida de su hija por restablecer su honor. Varias veces sondeó sin fruto á su marido; varias veces quiso arriesgar una entera confianza, y ponerle patente todo cuanto exigia su obligacion: el miedo y su tímido caracter la arredraron. Fluctuó mientras podia hablar; cuando quiso hacerlo ya no era tiempo, le faltaron las fuerzas, y murió llevándose su fatal secreto; y yo que conozco el genio de este hombre severo, y no sé hasta que punto hubieran podido templarle los afectos de la naturaleza, aliento al ver que á lo menos la vida de Julia está segura.

Todo esto lo sabe ella; pero, si le he de decir á V. lo que de sus aparentes remordimientos pienso, el amor es mas ingenioso que ella. Penetrada de sentimiento por su madre quisiera olvidarse de V., y mal de su grado turba el amor su conciencia para forzarla á pensar en V., y quiere que tengan sus llantos conexon con lo que ama. No se atreveria á ocuparse directamente en V., y él la precisa á que todavía sea esta su ocupacion en su arrepentimiento á lo menos. Con tanta arte la engaña, que prefiere ella padecer mas y que sea V. parte de su pena. Acaso el corazon de V. no comprende estos misterios del suyo, que no por eso son menos naturales, porque el amor de Vds. dos, aunque de igual fuerza no es parecido en los efectos; el de V. es fervoroso y vehemente, el suyo suave y tierno; los

afectos de V. se exhalan fuera con violencia; los de ella vuelven á sí propia, y penetrando la sustancia de su alma poco á poco la alteran y la mudan. El amor anima y sustenta el corazon de V., enflaquece y hace que desmaye el suyo; todos sus muelles se han aflojado, se ha ido su fuerza, muerto su valor, y nada es su virtud antigua. No están aniquiladas sino paradas tantas heroicas virtudes; puede un instante de crisis restituirles todo su vigor ó destruir las sin remedio. Si da un paso mas hacia el desaliento está perdida; pero si se erige un momento esta excelente alma, será mas grande, mas fuerte, es mas virtuosa que nunca, y no habrá peligro de que recaiga. Creame V., amable amigo mio, sepa en este peligroso estado respetar lo que bien quiso. Todo cuanto de V. venga, aunque contra V. mismo sea, no puede menos de ser para ella mortal. Si V. se empeña con facilidad podrá triunfar de ella; pero en vano creará que posee á la misma Julia, que no volverá á hallarla.

## CARTA VIII.

DE MILORD EDUARDO AL AMANTE DE

JULIA.

ME habia grangeado derechos en tu corazon, te necesitaba, y me iba á juntar contigo. ¿Que te importan mis derechos, mis necesidades y mi cariño? Te has olvidado de mí, y no te dignas de escribirme. Sé cual es tu feroz y solitaria vida, y conozco tus ocultas intenciones: te fastidia la vida.

Muere, mozo loco; muere, hombre tan cobarde como feroz; pero sabe al morir que dejas en el alma de un hombre de bien que te quiso el dolor de haber servido á un ingrato.

## CARTA IX.

RESPUESTA.

VENGA, V., milord; creía que no podia disfrutar contentos en la tierra, pero volveremos á vernos. No es cierto que me pueda V. confundir con un in-

grato; ni su corazón es digno de ballar quien lo sea, ni de serlo el mío.

## ESQUELA DE JULIA.

YA es tiempo de renunciar los errores de la mocedad, y abandonar una engañosa esperanza; yo nunca seré de V. Vuelvame la libertad que le he empeñado, y de que quiere disponer mi padre, ó lleve al cúmulo mi desdicha negandomela, y perdiendonos á ambos, sin que para V. sea de ningún provecho.

*Julia de Etange.*

## CARTA X.

## DEL BARON DE ETANGE (1).

SI en el alma de un corruptor quedan algunas ideas de honor y humanidad, responda V. á esta esquila de una desventurada, cuyo corazón ha dañado, y que ya no fuera viva, si pudiera yo sospechar que habia llegado á mas su olvido de sí propia. Poco extrañare que la misma filosofía que la enseñó á requerir de amores al primero con quien topó, la enseñe tambien á no obedecer á su padre. Pienselo V. bien. En todos los casos prefiero tomar medios suaves y decentes cuando creo que pueden bastar; pero si me allano á usarlos con V. no crea que ignore como se venga el honor de un noble ofendido por uno que no lo es.

## CARTA XI.

## RESPUESTA.

OMITA V. vanas amenazas que no me asustan, y denuesos injustos que no me pueden afrentar, y sepa que entre dos personas de la misma edad no hay otro corruptor que el amor, y que nunca le estará bien envilecer á un hombre que ha honrado su hija con su estimacion.

¿Que sacrificio se atreve V. á imponerme, y con que titulos le exige? he de de sacrificar mi postrera esperanza

al autor de todos mis males? Quiere respetar al padre de Julia, pero dignese de ser el mío, si quiere que aprenda á obedecerle. No, no señor; tenga V. la opinion de su modo de proceder que quiera; no es este quien me obliga á renunciar por V. tan preciosos derechos, y que tanto mi corazón ha merecido. V. es causa de la desdicha de mi vida: solo á mi odio es acreedor, y no tiene que pretender de mí otra cosa. Julia ha hablado; ahí está mi consentimiento. Ah! siempre la obedeceré. Otra la poseerá, pero eso mas digno seré yo de ella.

Si su hija de V. se hubiera dignado de consultarme acerca de los limites de la autoridad paternal, no dude de que la habria exhortado á que se resistiese á sus injustas pretensiones. Cualquiera que sea el imperio de que V. abusa, mis sagrados son mis derechos que los suyos; la coyunda que nos une es el limite de la potencia paterna, aun ante los tribunales humanos, y cuando V. es osado á reclamar la naturaleza, que branta V. solo sus leyes.

No alegue V. ese honor tan extravagante y tan delicado que de vengar habla; aqui nadie sino V. le ofende. Respete la eleccion de Julia, y está seguro su honor; porque no obstante las maximas goticas, nunca fué deshonroso emprender con un hombre de bien. Si ofende á V. mi presuncion, quíteme la vida, que nunca contra V. me pondré en defensa. En lo demas poco me curo de saber en que consiste el honor de un noble, pero el que de un hombre de bien es propio le tengo sé defenderle, y hasta mi ultimo aliento le conservaré puro y sin mancha.

Vaya V., padre inhumano, indigno de tan dulce nombre, proyecte horriblos parricidios, mientras que sacrifica á sus preocupaciones una docil y obediente hija la propia felicidad. Un día me vengará su arrepentimiento de los males que me causa, y conocerá muy tarde que no menos para V. que para mí fue nocivo su ciego y despiadado odio.

(1) En esta iba inclusa la esquila anterior.

## CARTA XIII.

## DE JULIA A LA SEÑORA DE ORBE.

Sin duda que seré infeliz, pero si resuena la voz de la sangre en lo interior de su corazón; cuanto mas lo será V. por haber sacrificado á visiones el unico fruto de sus entrañas, unico en el mundo por beldad, merito y virtud, y en favor de quien prodigo el cielo de sus dones solo se olvidó de darle mejor padre.

## ESQUELA (1).

RESTITUYO á Julia de Etange la facultad de disponer de sí propia, y dar su mano, sin consultar su corazón. S. G.

## CARTA XII.

## DE JULIA.

QUERIA describir á V. la escena que acaba de suceder y que ha dado motivo á la esquila que ha debido recibir; pero con tanto acierto ha tomado sus medidas mi padre, que no se ha concluido hasta un momento antes de que saliera el correo. Sin duda llegó á tiempo su carta; y no puede suceder lo mismo á esta; estará tomada la determinacion de V. antes que llegue, y así toda explicacion fuera superflua. Yo he cumplido con mi obligacion; V. cumplirá con la suya; pero nos abruma la suerte, comete con nosotros alevosia el honor, viviremos para siempre separados, y por cúmulo de horrores voy á entregarme en los... ¡Ay, que podia vivir en los tuyos! O obligacion! ¿á que vales? O Providencia!... es forzoso gemir y callar.

La pluma huye de la mano. Algunos dias hace que estaba indispuesta, la conversacion de esta mañana me ha agitado lo que es indecible... Me duele la cabeza y el estomago... me siento desfallida. ¿Tendria el cielo lastima de mi penar?... No puedo tenerme en pie... me veo precisada á meterme en la cama, y me consuela la esperanza de no levantarme nunca. A Dios, unico amor mío, á Dios por la vez postrera, querido y tierno amigo de Julia. ¿Ah, si no he de vivir para ti mas, no he dejado ya de vivir?

(1) Inclusa en la carta anterior.

ella se desprenda; y mis esfuerzos para borrar tan dulces memorias no hacen mas que grabarlas mas profundamente.

¿Me atreveré a decirte un delirio de mi calentura que lejos de haberse disipado con ella me atormenta todavía mas desde que estoy buena? Sí: conoce y llora el desvario de tu malhadada amiga, y da gracias al cielo por haber preservado tu corazón de la horrible pasión que le causa. En uno de aquellos instantes que peor me hallaba creí, mientras el ardor del crecimiento, que al lado de mi cama veía aquel desventurado, no cual en otros tiempos encantaba mi vista durante la efímera felicidad de mi vida, sino amarillento, descaído, desatentado, y retratada la desesperación en los ojos. Estaba arrodillado; cogió una mano mía, y sin que la repugnara el estado en que estaba, sin miedo de que se le comunicara el terrible veneno, la cubría de lágrimas y besos. A su presencia sentí aquella deliciosa y vehemente emoción que algunas veces escitaba en mí su inesperada vista. Quise lanzarme á él, y me detuvieron; tú te le llevaste por fuerza, y lo que mas movió mi corazón fueron sus sollozos que creí que oía al paso que se alejaba.

No te puedo pintar el asombroso efecto que este sueño en mí ha hecho. Larga y violenta ha sido mi calentura; he estado sin conocimiento por espacio de muchos días; varias veces en mis delirios he soñado en él; pero no ha dejado en mi imaginación ninguno de estos sueños tan honda impresión como este último, que es tal que no me es posible borrarle de mi memoria ni de mis sentidos. Cada minuto, cada instante se me figura que en la misma postura le veo; su facha, su vestido, la espresion de su rostro, su triste mirar, lo tengo aun presente, creo que siento sus labios que aprietan mi mano, la siento mojada con sus lágrimas; el sonido de su dolorida voz me hace estremecer; veo que le llevan arrastrando lejos de mí; hago nuevos esfuerzos para retenerle; todo me retrata una imaginaria escena con mas energía que los acontecimientos que realmente me han sucedido.

Largo tiempo he vacilado para hacer esta confianza; me impide la vergüenza que te la haga de palabra; pero lejos de calmarse mi agitación, no hace mas que crecer de día en día, y ya no puedo resistir á la necesidad de confiarte mi locura. ¡Ojalá y se apoderara de mí toda entera! así pudiera yo acabar de perder la razón, una vez que la poca que me queda solo para mi tormento sirve!

Vuelvo á mi sueño. Burlate, prima, si quieres de mi simpleza; pero en esta vision hay no sé que misterio que del delirio común la distingue. ¿Es anuncio de la muerte del mejor de los hombres? es aviso de que ya no es vivo? se digna el cielo de guiarme una vez á lo menos, y me convida á que siga al que para mi amor predestinó? Ay! el mejor de sus beneficios será para mí la orden de morir.

En balde me acuerdo de todos esos vanos razonamientos con que divierte la filosofía á las personas que nada sienten; ya no me seducen, y conozco que los desprecio. No son visibles los espíritus; norabuena; pero no pudieran dos almas tan estrechamente unidas tener entre sí comunicacion inmediata, independiente del cuerpo y los sentidos? la impresión que recibe una de otra no puede transmitirla al cerebro, y recibir reciprocamente de él las sensaciones que la otra le ha dado?... ¡Pobre Julia, que de extravagancias! que credulas nos hacen las pasiones! con cuanto trabajo se desprende un corazón vivamente herido hasta de los errores que conoce!

## CARTA XIV.

## RESPUESTA.

Ah! desventurada y en demasia sensible niña, ¿solo para padecer eres nacida? En balde procuro yo evitarte pesares, parece que los buscas sin cesar; es mas fuerte tu ascendente que todo mi esmero. No añadás á lo menos quimeras á tantos motivos reales de pena, y puesto que es mi reserva mas pernicioso para tí que útil, sal de un error que te atormenta, acaso hallaras que es menos cruel la triste verdad. Sabe que la

sueño no es sueño, que no fue la sombra de tu amigo la que viste, sino su persona, y que esta tierna escena, sin cesar presente á tu imaginación, sucedió realmente en tu cuarto dos días despues de aquel en que mas mala estuviste.

La vispera te habia dejado yo bastante tarde, y estaba para salir el señor de Orbe, que me habia reemplazado á la cabecera aquella noche, cuando á deshora vimos entrar aceleradamente, y arrojarse á nuestras plantas á ese pobre infeliz en un estado que daba lastima. Habia tomado la posta así que recibió tu última carta, y corriendo de día y de noche anduvo el camino en tres días, no habiéndose parado hasta la última posta para entrar de noche en la ciudad. Te confieso con rubor que fui menos lista que el señor de Orbe para arrojarme á su cuello; sin saber todavía el motivo de su viaje, preveía cuales serían las consecuencias. Tantas amargas memorias; tu riesgo, el suyo, el desorden en que le veía; todo envenenaba tan grata sorpresa, y estaba en demasia sobrecogida para hacerle muchos cariños. No obstante, le abracé con una opresion de corazón que fué reciproca, y que mutuamente sentimos los dos apretándonos mudos entre los brazos con espresion mas elocente que gritos y lágrimas. Sus primeras palabras fueron: *¿Que hace? ah! que hace? denme Vds. vida ó muerte.* Entonces comprendí que estaba informado de tu enfermedad, y creyendo que tampoco ignoraba de que especie era, se lo dije, sin otra precaucion que la de atenuar el riesgo. Al punto que supo que eran vuestras, dió un grito y cayó desmayado. Juntas con la inquietud de su ánimo la fatiga y la falta de sueño le habian puesto en un abatimiento tal, que fué necesario mucho tiempo para lograr que volviese en su acuerdo. Apenas podia hablar, y le hicimos que se acostara.

Vencido por la naturaleza, durmió doce horas seguidas; pero con agitación, y semejante sueño mas que reparar debía

agotar sus fuerzas. Al día siguiente hubo nuevas dificultades, estaba absolutamente empeñado en verte. Le alegué el peligro de causarte una revolución, y respondió que aguardaría á que no hubiese riesgo; pero su detención era muy terrible, y yo me probé á darselo á entender así. Cortóme enojado el hilo de las razones: omíta V. su inhumana elocuencia, me dijo con tono muy enojado, que ya es sobrado usarla en mi ruina. No espere V. echarme otra vez, como lo hizo cuando me desterró; vendría cien veces del cabo del mundo para verla un instante, pero juro por el autor de mi vida, añadió enfurecido, que no me partiré de aquí sin haberla visto. Probemos una vez si haré yo que V. se apiade, ó V. que yo me perjure.

Habia tomado una determinacion. El señor de Orbe fue de dictamen de que se buscasen medios de contentarle para poder despedirle antes que se columbrara su vuelta, porque en casa solo le habia conocido Hanz, de quien estaba yo segura, y delante de los criados le habíamos llamado con otro nombre que el suyo (x). Le prometí que te vería la siguiente noche con la condicion de que solo un instante se detendría, que no te hablaría, y que se volvería á partir al otro día antes de amanecer, y exigí que me diera su palabra. Quedé entonces sosegada, le dejé con mi marido, y me volví á asistirte.

Te encontré muy mejorada, acabada la erupcion, y el medico me dió ánimo y esperanza. Lo dispuse todo de antemano con Babi, y habiendote perturbado la cabeza el crecimiento, aunque menor que los días anteriores, me aproveché de este rato para despedir la gente, y mandar á decir á mi marido que se trajera á su huésped, pensando que menos en estado estarias de conocerle antes que bajara la calentura. Nos costó muchísimo trabajo despedir á tu desconsolado padre que cada noche se empeñaba en quererse quedar. Finalmente le dije enfadada que no alivia-

(1) En la cuarta parte veremos que este nombre que entonces le dieron fue el de San Preux.

ria trabajo à nadie, que yo en todo caso estaba resuelta à velarte, y que aunque padre bien sabia que no era su terneza mas vigilante que la mia. Se fué con mucho sentimiento; y nos quedamos solas. Cerca de las once llegó el señor de Orbe, y me dijo que habia dejado en la calle à tu amigo; fui yo à buscarle, le cogí por la mano, y temblaba como la hoja en el arbol. Al pasar por la antesala le faltaron las fuerzas; apenas tenia respiracion, y tuvo precision de sentarse.

Distinguiendo entonces algunos objetos à la causada luz de una desviada lamparilla; sí, dijo con un hondo sollozo, reconozco estos mismos sitios. Una vez en mi vida los he atravesado... à esta misma hora... con el mismo misterio... estaba temblando como hoy... lo mismo me palpitaba el corazon... ¡Oh temerario! era mortal y me atrevia à gozar!... ¿que voy ahora à ver en este mismo asilo, donde respiraba todo el deleite en que estaba embriagada mi alma, en este mismo objeto que mis rebatos causaba y participaba? La imagen de la muerte, un aparato de dolor, la virtud desdichada y la beldad moribunda.

Amada prima, no retrataré à tu pobre corazon las circunstancias de esta enternecida escena. Te vió y se calló; así lo habia prometido. ¡Pero que crudo silencio! se hincó de rodillas; besaba tus cortinas sollozando, alzaba manos y ojos, exhalaba sordos gemidos; y apenas su dolor y sus gritos podia contener. Sin verle sacaste maquinalmente una mano; la agarró con una especie de furor; los encendidos besos que en esta mano enferma clavaba, te despertaron mejor que el ruido y las voces de cuantos à tus alrededores se hallaban. Vi que le habias conocido, y no obstante sus quejas y su resistencia le saqué al instante del cuarto, esperando eludir con pretexto del delirio la idea de aparicion tan corta. Pero viendo luego que no me decias nada, creí que lo habias echado en olvido, vedé à Babi que te hablara de ello, y se que habia cumplido su palabra. ¡Vana prudencia

que ha frustrado el amor, y que no la hecho mas que dejar que fermenta una memoria que ya no es tiempo de borrar!

Se partió como habia prometido, y le hice jurar que no se detendria en la inmediaciones. Pero no se concluye aqui el lance, querida, menester es que acabe de decirte lo que tampoco podrias tu ignorar mucho tiempo. Milord Eduardo que pasó por aqui dos dias despues, y que iba con mucha priesa à buscarle, le alcanzó en Dijon y le encontró malo. Se le habian pegado al infeliz tus viruelas; me habia disimulado que no las habia tenido, y te le habia traído sin preáucion. No pudiendo sanar tu mal, quiso padecerle. Cuando me acuerdo de que modo te besaba la mano, no puedo dudar que se haya inoculado voluntariamente. Era imposible estar mas mal dispuesto, pero como era la inoculacion del amor, fué feliz. Este padre de la vida se la ha conservado al amante mas tierno que ha habido; está bueno, y segun la ultima carta de milord Eduardo, à la hora esta han de haberse puesto ambos en camino para Paris.

Con esto, amable prima, perderás los funebres sustos que sin motivo te sobresaltaban. Mucho tiempo hace que has renunciado à la persona de tu amigo, y su vida está segura. Así piensa solo en conservar la tuya, y en resignarte al sacrificio que ha prometido tu corazon al amor paternal, y deja al fin de ser juguete de una vana esperanza, y dar credito à quimeras. Te das mucha priesa à estar ufana con tu fealdad; se mas humilde y creeme que sobrado motivo tienes todavia de serlo. Has sufrido un cruel enbete, pero tu rostro no ha quedado desfigurado. Lo que tú crees que son hoyos de viruelas no son otra cosa que pintas que en breve se borrarán. Muchas mas tuve yo que tú, y ya ves que no he quedado muy fea. Angel mio, tú serás bonita mal que te pese, ¿y el indiferente Wolmar que no han podido tres años de ausencia sanar de un amor de que se prendó en ocho dias, quieres que sane ahora que te verá à cada instante? ¡Oh

si es tu unico recurso disgustar, que desesperada es tu suerte!

## CARTA XV.

DE JULIA.

SOBRA, sobra, amigo; venciste. No estoy yo à prueba de tanto amor, y se acabó mi resistencia. Todas mis fuerzas las he empleado, y el testimonio de mi conciencia me ofrece este consuelo. No me pida cuenta el cielo de mas que lo que me ha dado. Este triste corazon mio que tantas veces has comprado, y que tan caro cuesta al tuyo te pertenece sin reserva; tuyo fué desde el primer instante que te vieron mis ojos, y tuyo será hasta mi postrer aliento. Demasiado le has merecido para que le pierdas, y estoy cansada de sacrificar los derechos de la justicia à los de una virtud imaginaria.

Si, tierno y generoso amante, siempre será tuya tu Julia, siempre te amará; es fuerza, es voluntad, es obligacion. Te restituyo el imperio que te dió el amor, y que nunca mas te quitaré. En balde murmura una mentirosa voz en lo interior de mi alma, que ya no me engañará. ¿Que son las vanas obligaciones que me pone, comparadas con las de amar lo que quisó el cielo que amara? no he contraído contigo la mas sagrada de todas? no se lo he prometido todo à tí solo? no fué el primer juramento de mi corazon no olvidarte nunca? y no es tu inviolable fidelidad nuevo vinculo para la mia? Ah, en el rato de amor que à tí me restituye, mi unico sentimiento es haber combatido tan caros y legitimos afectos. Naturaleza, dulce naturaleza, cobra tus derechos todos, que rompo los preceptos de inhumanas virtudes que te aniquilan. ¿Me engañarán mas las inclinaciones que me has dado que una razon que tantas veces me ha descarriado?

Respeta estas tiernas inclinaciones, amable amigo mio, que les debes mucho para aborrecerlas, pero permite su amada y grata particion, permite que no acaben los derechos del amor con los de la sangre y la amistad. No pienses que por seguirte abandone nunca la casa de mis padres, ni esperes que me niegue à los

vinculos que me impone una sagrada autoridad; la cruel perdida de uno de los autores de mi vida me ha enseñado à que tema el afligir al otro. No; no contristarà su alma cargada de pesares aquella de quien aguarda todo su consuelo venedero; y no daré muerte à todos los que me han dado la vida. No, no; conozco mi culpa y no me puedo arrepentir. Obligacion, honor, virtud; todo esto nada me dicta; pero con todo no soy un monstruo; soy flaca, y no desapiadada. He tomado mi resolucion, que es no desconsolar à ninguno de cuantos quiero. Disponga de mi mano que ha prometido un padre esclavo de su palabra, y encaprichado con su nobleza; disponga el amor solo de mi corazon, y no cesen de correr mis lagrimas en el seno de una tierna amiga. Sea yo vil y desventurada; pero no cesen, si es posible, de vivir felices y contentos todos cuantos quiero. Formad los tres mi única existencia, y haga vuestra dicha que de mi miseria y mi desesperacion me olvide.

## CARTA XVI.

RESPUESTA.

RESUCITAMOS, Julia mia, vuelven à su antiguo curso todos los verdaderos afectos de nuestras almas. La naturaleza nos ha conservado la existencia, el amor nos vuelve la vida. ¿Lo dudabas? te atreviste à creer que podias quitarme tu corazon? Cree que mejor que tú le conozco yo à ese corazon que para el mio formó el cielo, y los siento unidos con una comun existencia, que solo con la muerte pueden perder. ¿Puede de nosotros separarlos, ni aun desearlo? están unidos uno con otro con lazos que hayan añudado y que puedan romper los hombres? No, no, Julia; si nos envidia la suerte cruda el dulce nombre de esposos, nada puede quitarnos el de fieles amantes; que será el consuelo de nuestra triste vida, y que nos acompañará al sepulcro.

Así volvemos à la vida para empezar de nuevo à padecer y es para nosotros la conciencia de nuestra existencia la conciencia del dolor. Malhadados! ¿en que

nos hemos convertido? como hemos dejado de ser lo que fuimos? donde está aquel hechizo de suprema felicidad? donde aquellos esquisitos raptos con que animaban las virtudes nuestros fuegos? Solo queda de nosotros nuestro amor, el amor queda, pero se ha eclipsado su ilusión. Hija en demasia docil, amante sin valor, de tus errores provienen todos nuestros males. Ay! mucho menos te habría estraviado un corazón menos puro. Sí, la honradez del tuyo es la que nos pierde; los sentimientos de rectitud que le ocupan han desterrado de él la sabiduría. Has querido concertar la ternera filial con el indómito amor, y cediendo à todas tus inclinaciones, las confundes en vez de concordarlas, y eres culpada à fuerza de virtud; ¡O Julia, que inesplicable imperio es el tuyo! con cuan extraño poderio deslumbras mi razón! Aun haciendo que me sonrío de nuestros fuegos te haces estimar hasta por tus yerros, y me fuerzas à que me admire de tí siendo partícipe de tus remordimientos... Remordimientos!... ¿Debias tú sentirlos... tú à quien quisiste... tú que no puedo dejar de adorar... ¿Puede llegar el delito à tu corazón?... Cruda! torname ese corazón que me pertenece, tornamele como me le diste.

Que me has dicho? que es lo que te atreves à darme à entender?... tú pasar à los brazos de otro!... poseerte otro!... No ser mía! oh, por cúmulo de horrores no ser de mí solo! yo sufrir tan horroroso suplicio!... ver que à tí propia sobrevives!... No; mas quiero perderte que partir con otro... ¡Si me hubiera dado el cielo un valor igual à los rebatos que me agitan! antes que se hubiera envilecido tu mano con ese lazo fatal que execra el amor y el honor condena, fuera la mía à clavarte un puñal en el pecho, y vertería tu casto corazón tu sangre no amancillada con una infidelidad. Con esta pura sangre juntaría la que en mis venas arde en un fuego que nada puede

estinguir, me arrojaría en tus brazos, y exhalaría en tus labios el último suspiro... recibiría el tuyo... ¡Julia moribunda! aquellos tan serenos ojos apagados en las agonías de la muerte!... aquel pecho, el trono del amor, rasgado por mi mano vertiendo à borbotones su sangre y su vida!... No; vive y padece; sufre la pena de mi cobardía. No; quisiera que no vivieses; pero no te puedo querer lo bastante para darte de puñaladas.

¡Oh, si conocieses el estado de este corazón oprimido de angustia! nunca ardió en tan sagrada llama; nunca tanto quiso tu virtud y tu inocencia. Soy amante, sé amar, lo conozco; pero soy hombre, y no es dado à la fuerza humana renunciar la suprema felicidad. Una noche, una sola noche, para siempre la mudado toda mi alma. Quitame esta peligrosa memoria y soy virtuoso. Pero reina esta fatal noche en lo interior de mi corazón, y va à encapotar con su sombra lo que me queda de vida. ¡Ah Julia, objeto adorado! si he de ser para siempre miserable, otra hora de felicidad, y luego tormentos eternos!

Escucha à quien te ama. ¿Porque hemos de querer ser mas sabios nosotros solos que todos los demas hombres, y seguir con la simplicidad de criaturas, virtudes de que habla todo el mundo y que nadie practica? Que hemos de ser mejores moralistas que la muchedumbre de sabios de que abundan Paris y Londres, que se mofan todos de la fidelidad conyugal, y reputan por un juego el adulterio? Los ejemplos no dan escándalo, ni siquiera es permitido censurarlos, y toda la gente decente se reíría aquí de uno que por respeto al matrimonio resistiese à la inclinación de su corazón. Efectivamente, dicen, agravió que solo en la opinion consiste, ¿no es nulo cuando es secreto? que daño hace à un marido una infidelidad que ignora? ¡cuñ cuanta condescendencia redime una muger sus yerros! (1) que dulzura

(1) ¿Donde ha visto eso el buen Suizo? Mucho tiempo ha que las damas cortesanas han adoptado muy distinto estilo. Empiezan haciendo resueltamente al amante amo de casa, y si se dignan de aguantar al marido, es con la condicion de que trate al cortejo y à la señora con el debido respeto.

para obviar ó desvanecer las sospechas de su esposo! Privado de un bien imaginario vive realmente mas feliz, y este pretense delito, que tan grave se finge, no es mas que un nuevo vinculo en la sociedad.

No plega al cielo, dulce amiga de mi corazón, que quiera yo tranquilizar el tuyo con estas torpes maximas que detesto sin saber rebatirlas, y que mas que à mi razón repugnan à mi conciencia. No porque yo afecte un esfuerzo que aborrezco, ni quiera tan costosa virtud; pero me reputo por menos culpado doliendome de mis culpas, que procurando justificarlas, y tengo por el cúmulo del delito quererle quitar los remordimientos.

No sé lo que escribo, siento el alma en un estado horroroso, peor aun que aquel en que me hallaba antes de recibir tu carta. La esperanza que me vuelves es triste y tenebrosa; apaga aquella antorcha tan pura que tantas veces nos ha guiado; se marchitan tus atractivos y quedan mas afectuosos; te veo tierna y desventurada; inundan mi corazón los llantos que tus ojos vierten, y me duelo amargamente de una felicidad que solo à costa de la tuya puedo disfrutar.

Siento no obstante que todavía me anima un secreto ardor, y me restituye el esfuerzo de que quisieran privarme los remordimientos. ¿Ah, querida amiga, sabes cuantas perdidas un amor como el mio puede resarcir? sabes hasta que punto puede hacer que ames la vida un amante que por tí sola alienta? conoces que por tí sola quiero de hoy mas vivir, obrar, pensar y sentir? No, fuente deliciosa de mi existencia, no tendré mas alma que tu alma, no seré nada mas que una parte de tí propia; y hablarás en lo interior de mi corazón una existencia tan dulce, que no sentirás lo que de serenidad pierda la tuya. Enhorabuena; seremos culpados, pero no seremos perversos, seremos culpados, pero siempre amaremos la virtud; lejos de atrevernos à disculpar nuestros yerros,

los sentiremos, los lloraremos juntos, los resarciremos, si es posible, à fuerza de bondad y beneficencia. ¡Julia, ó Julia! ¿que has de hacer? que puedes hacer? No puedes huir de mi corazón: ¿no se ha desposado con él tuyo?

Aquellos vanos planes de riqueza que tan torpemente me habian engañado estan abandonados mucho tiempo hace. Voy unicamente à ocuparme en desempeñar lo que à mi lord Eduardo debo: quiere llevarme à Inglaterra, donde dice que puedo serle útil. Enhorabuena, le seguiré; pero me ausentaré todos los años, y vendré secretamente à verte. Si no puedo hablarte, te veré à lo menos, besaré las huellas de tus plantas, y una mirada de tus ojos me dará diez meses de vida. Cuando sea fuerza volverme, al alejarme de la que quiero, contaré para mi consuelo los pasos que me han de traer otra vez à su vista. Estos frecuentes viajes perpetuarán la ilusión de tu desventurado amante; creará que goza de tu presencia desde que se parta para ir à verte; la memoria de sus rebatos le encantará cuando te deje, y à despecho de la cruda muerte no serán sus tristes años una no interrumpida serie de tormentos; no habrá ninguno que no serenen algunos dias de contento, y los cortos instantes que junto à tí pase se multiplicarán en mi vida toda entera.

## CARTA XVII.

DE LA SEÑORA DE ORBE AL AMANTE DE JULIA.

Ya no existe su amante de V. pero he cobrado yo à mi amiga; y V. se ha gran-gado una cuyo corazón le puede dar mucho mas de lo que ha perdido. Julia es casada, y digna de hacer feliz al hombre de bien que con la suerte de ella acaba de unir la suya. Despues de tantas imprudencias de V., gracias al cielo que à entrambos los ha preservado, à ella de la ignominia, y à V. del consuelo de haberla deshonrado: respete su nuevo estado, y no le escriba, que así

Muger que disimulara un trato ilícito daría à entender que se avergüenza de él, y quedaría deshonrada, y no la visitaría ninguna muger decente.

se lo suplica. Aguarde V. que ella lo haga, que será muy en breve. Ahora es cuando voy à conocer si es V. acreedor à la estimacion en que le he tenido, y si es sensible su corazon à una pura y desinteresada amistad.

## CARTA XVIII.

DE JULIA A SU AMIGO.

TANTO tiempo hace que es V. depositario de todos los secretos de mi corazon que no puedo perder tan dulce costumbre. En el lance mas importante de la vida quiero esplayarme con V.; abra-me V. el suyo, mi amable amigo, admita en su seno los largos razonamientos de la amistad, que si algunas veces hace difuso al amigo que habla, siempre da paciencia al amigo que escucha.

Unida à la suerte de un esposo, ó mas bien à la voluntad de un padre, por una indisoluble cadena, entro en una nueva carrera que no ha de concluirse hasta la muerte. Detengamos al empezarla la vista un rato en la que dejo, que no será penoso para nosotros el recordar tan dulce tiempo, y acaso sacaré de él lecciones para hacer buen uso del que me queda; acaso sacaré V. luces para explicar las cosas que en mi conducta oscuras à sus ojos parecian. Contemplando à lo menos lo que uno para otro fuimos, sentirá mas bien nuestro corazon lo que el uno al otro debe.

Unos seis años hace que vi yo à V. por la vez primera; era mozo, de buena presencia, amable; otros mozos me han parecido mas hermosos y de mejor presencia que V., ninguno me ha causado la menor emocion, y à primera vista fue suyo mi corazon (1). Creí que veia en la cara de V. los lineamientos del alma que necesitaba la mia, y me

pareció que eran mis sentidos meros órganos de mas nobles afectos, amando menos lo que en V. veia, que lo que se me figuraba que en mi propia sentia. No hace dos meses todavía que pensaba que no me habia equivocado: el ciego amor, decia entre mí, tenia razon; destinados estabamos uno para otro; suya sería si no hubiera el órden humano intervertido las relaciones naturales, y si fue dado à alguien ser feliz hubieramos debido serlo juntos.

Fueron reciprocos mis afectos, y me hubiera engañado à haberlos experimentado sola. El amor que yo he conocido solo puede nacer de una reciproca simpatia, y una consonancia de las almas. No ama quien no es amado; à lo menos no ama mucho tiempo. Esas pasiones sin correspondencia, que à tantos dicen que los hacen infelices solo en los sentidos se fundan, y si algunas hasta el alma penetran es por relaciones falsas à que en breve se sigue el desengaño. El amor sensual no puede vivir sin la posesion, y la posesion le mata. El verdadero amor no puede vivir sin el corazon, y es tan duradero como las relaciones que le dieron origen (2). Así fué el nuestro desde su principio, y así espero que sea hasta el fin de nuestra vida, cuando le hayamos ordenado mejor. Vi, sentí que era amada y que debía serlo; muda era la lengua, medroso el mirar, pero se daba à entender el corazon. Pronto experimentamos entre nosotros aquel no sé que, que infunde elocuencia al silencio, da lengua à los ojos bajos, infunde un miedo temerario, muestra en sus temores los deseos, y dice todo lo que à explicar no se atreve.

Conocí mi corazon, y me tuve por perdida à la primera palabra de V. Dis-

tingui lo violento de su reserva, aprobé su respeto, y quise mas à V.; y procurando agradecer un silencio necesario y penoso sin perder mi inocencia forcé mi genio; imitando à mi prima me hice alegre y bulliciosa como ella para precaver esplicaciones mas serias, y disfrazar mil ternos cariños con estos fingidos juegos. Quería que fuera tan grata la situacion de V., que el temor de una mudanza aumentara su reserva.

Todo esto me salió mal, nadie sale impunemente de su natural caracter. Que desatino el mio! Aceleré mi perdida en vez de obviarla, usé de veneno por paliativo, y lo que yo queria que perpetuara el silencio de V. fué lo que le determinó à hablar. En balde con afectada frialdad le arredraba à V. cuando nos hallabamos solos, esta misma violencia me vendió; me escribió V., y en vez de echar yo al fuego su primera carta ó llevarsela à mi madre, me atreví à leerla; este fué mi delito, y todo lo demas fué forzoso. Quise no responder à estas funestas cartas que no podia menos de leer. Esta horrorosa contienda alteró mi salud; vi la sima en que me iba à despeñar, tuve horror de mi propia, y no me pude resolver à permitir que V. se fuera. Caí en una especie de desesperacion; mas hubiera querido que V. no viviera, que verle vivo sin ser mio; llegué hasta à desear su muerte, y pedirsela. El cielo ha visto mi corazon, y este esfuerzo debe redimir algunos yerros.

Viendo que estaba V. pronto à obedecerme fué forzoso hablar. La Chaillet me habia dado lecciones que me hicieron mas palpables los riesgos de mi confesion. El amor que me la sacaba me enseñó à eludir sus efectos. V. fué mi postrer refugio, y fué tanta mi confianza, que le armé contra mi flaqueza, creyendole digno de librarme de mi propia y fué justicia que le hice. Viendo que respetaba V. tan precioso deposito, conocí que no me cegaba mi pasion acerca de las virtudes que en su alma me hacia ver, y me entregaba à ella con tanta mayor confianza cuanto me parecia que se bastaban neces-

tros corazones uno à otro. Segura de no hallar en el mio afectos que no fuesen inocentes, disfrutaba sin precaucion de los atractivos de una dulce intimidad. Ay! no veia que con mi negligencia se arraigaba el mal, y que era mas peligrosa la costumbre que el amor. Compadecida de lo que V. enfrenaba sus acciones, creí que podia soltar algo la rienda à las mias, y fiada en la inocencia de mis deseos, pensé que estimularia en V. la virtud con los ternos cariños de la amistad. En el bosquecillo de Clarens conocí que habia presumido sobrado de mí, y que nada debe otorgarse à los sentidos cuando se les quiere negar algo. Un instante solo abrasó los mios en un fuego que nada pudo apagar, y si todavía se resistia mi voluntad, ya estaba estragado el corazon.

V. sintió el mismo desvario, y me atemorizó su carta. Era doble el riesgo, y para preservarme de V. y de mí fué preciso alejarme. Este fué el postrer esfuerzo de una falliente virtud. Con su fuga remató V. su victoria, y al punto que no le vi, me quitó mi descaecimiento la pocas fuerzas que para resistirle me quedaban.

Cuando dejó mi padre el servicio, se trajo consigo al señor de Wolmar; la vida que le debía y una amistad de veinte años hacian que quisiera tanto à este amigo, que no podia separarse de él. El señor de Wolmar era ya de madura edad, y aunque rico y de elevada cuna, no encontraba muger que pudiese convenirle. Habiale hablado mi padre de su hija como quien desecha que su amigo fuera su yerno; se trató de verla y con este designio hicieron el viaje juntos. Quiso mi destino que gustase yo al señor de Wolmar, que nunca habia amado. Se dieron en secreto palabra, y teniendo el señor de Wolmar varios asuntos que arreglar en una corte del norte donde tenia su familia y hacienda, pidió plazo, y se ausentó despues de contraido este empeño. Despues que se marchó nos declaró mi padre à mi madre y à mí que me le habia destinado para esposo, y me mandó con tono que no dejaba à mi natural timidez lugar à replica que

(1) El señor Richardson se rie de estas inclinaciones que nacen desde la primera vista, y se fundan en indefinibles conformidades. Muy bien hace en reirse de ellas; pero como hay muchas de esta especie, valiera mas, en vez de negarlas echando por el atajo, indicarnos medios de vencerlas.

(2) Cuando son imaginarias estas relaciones dura el amor tanto como la ilusion que nos las ha hecho imaginar.